



Edith Stein y la Shoá en la mirada de Karol Wojtyła¹

Inés Riego de Moine²

1 Ponencia presentada al Coloquio “Juan Pablo II y la Shoá”, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, octubre de 2010.

2 Presidente del Instituto Emmanuel Mounier de Argentina. Ver más en nuestro link de Autores.

1. Antecedentes de una elección

“Como cristianos y judíos que seguimos el ejemplo de la fe de Abraham estamos llamados a ser una bendición para el mundo. Esta es la tarea común que nos espera. Por lo tanto, la necesidad más urgente es que nosotros, cristianos y judíos, seamos una bendición los unos para los otros”¹.

Las elecciones estaban ya en el germen de la fe abrahámica, aunque debían pasar siglos hasta que las lecciones dolorosas de la historia rindieran su fruto. Bajo esta misma convicción de Juan Pablo II de ser bendición para el mundo y amparada en el espíritu de verdad que la guiaría, vivió y gestó su obra la figura que hoy nos convoca. La filósofa y monja carmelita Edith Stein (1891-1942), asesinada en los campos de exterminio de Auschwitz-Birkenau, tuvo como eje central de su itinerario filosófico y vital a eso que podemos denominar sin temor ‘pasión por la verdad’. Su sólida visión de personalista cristiana forjada entre la fenomenología, la filosofía tomista y la mística, es fruto de esta pasión que ella supo encauzar con audacia y temblor en medio de una vida que preanunciaba su temprano ecumenismo: gestó su niñez en la religión judía, sufrió en su juventud los embates del nihilismo llegando a confesarse atea, para finalmente convertirse a la fe cristiana y hacer de ella el norte de su existencia coronada por la santidad.

El pensamiento del siglo XX se honra con su legado filosófico, pedagógico y místico que provoca admiración y permanente inspiración entre sus lectores, aun-

que es de rigor reconocer que persiste en los ámbitos académicos laicistas una clara ‘cristianofobia’ hacia su propuesta filosófica, quizás por atreverse a mostrar con todo el peso de la verdad las últimas consecuencias de un pensar encarnado y coherente. Una vez que se entra a su mundo, no se puede salir de él sin haber sido ‘tocado’ por ella. La indiferencia no le cabe a quien conoce su pensamiento en plenitud. Pero su legado filosófico hubiera quedado vacío y descarnado, falto de coherencia intrínseca, sin el testimonio de una vida entera coronada por el martirio, su propio holocausto como hija del pueblo judío e hija de la Iglesia católica. Vida, filosofía y verdad se trabaron en su camino para ya nunca separarse. Tras la muerte de su maestro Edmund Husserl, siendo éste un agnóstico y ella la más fervorosa defensora de la verdad y por ende ajena a cualquier relativismo, Edith Stein dejó constancia de su actitud de apertura religiosa -convencida de que la verdad no es propiedad absoluta de nadie, ni siquiera de una religión determinada, ni menos de una filosofía dada-, diciendo: “Quien busca la verdad busca a Dios, séale o no manifiesto”².

Pero nada es obra de la casualidad. La plenitud de vida y verdad que encarnó Edith Stein fue fruto de un arduo camino intelectual y vital que siguió sin pausa y que lentamente dejara al desnudo el mundo de contradicciones, encrucijadas y desesperanzas a que el hombre de la primera mitad del siglo XX se exponía: materialismo y nihilismo, individualismo y comunismo, totalitarismo e intolerancia, xenofobia y nazismo, hedonismo y pragmatismo, relativismo moral y orfandad metafísica... Todo lo cual anticipaba con crudeza lo que

1 Juan Pablo II, en el quincuagésimo aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia, el 6 de abril de 1993.

2 Stein, E.: *Selección epistolar 1917-1942*. Ed. de Espiritualidad, Madrid 1976, Carta del 23.3.1938, p. 12.

se viviría agudamente en la segunda mitad de la centuria y que en nuestros días muestra su máximo dolor, antropológico y moral, personal y comunitario. ¿Hace falta decir que nuestro tiempo ha colapsado en síntomas de gravedad alarmantes como el crecimiento pavoroso del negocio de las armas, los conflictos bélicos, las drogas y la trata de personas que corre paralelo al crecimiento de la pobreza, la desnutrición, el desempleo y la marginalidad para nada ajenas a una economía global inhumana con base en los grandes monopolios mundiales de la especulación-corrupción financiera?

Tal como lo han hecho los profetas de todos los tiempos, la voz de nuestra pensadora se levantaría para proclamar anticipadamente las verdades que el momento histórico reclamaba. Pero es a nosotros, hombres y mujeres del nuevo siglo, a quienes nos toca develar el signo de este tiempo con el privilegio y la responsabilidad de haber descubierto la relevancia de su legado, siendo el mayor desafío actual el aprender a proyectarlo en nuestra realidad latinoamericana y global brindando claves propias.

Sin lugar a dudas, Karol Wojtyla compartió gran parte del legado intelectual y humano de la pensadora alemana sintiendo una indiscutida afinidad y simpatía con su carisma, luego de haber forjado su propio pensamiento también él bajo la tendencia fenomenológico-tomista, una clave que los unirá en el quehacer filosófico. No sin una cabal convicción sobre la singularidad de su elección fue que en 1999 proclamara a Edith Stein 'copatrona de Europa' -junto a Santa Catalina de Siena y Santa Brígida de Suecia- destacando su diálogo con el pensamiento filosófico contemporáneo y el hecho de ser puente ecuménico entre el cristianismo y el judaísmo. Sobre el sentido de esta elección tan significativa para Europa y el mundo, dirá en apretada síntesis Juan Pablo II que ella se ha convertido en "la expresión de una peregrinación humana, cultural y religiosa que encarna el núcleo profundo de la tragedia y de las esperanzas del continente europeo"³. La elección no pudo ser más acertada, y a nosotros nos cabe indagar a fondo sobre su alcance sumado a la misión impostergable a que nos compromete conjuntamente a judíos y cristianos.

2. Stein y Wojtyla, profetas de la unidad

El 1 de septiembre de 1939 Alemania invade Polonia y estalla la Segunda Guerra Mundial. Pero meses antes, Stein prevé el estallido en su corazón y se ofrece como víctima expiatoria por la paz. En carta del 26 de

3 Juan Pablo II: *Carta Apostólica en forma de «motu proprio» para la proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa Benedicta de la Cruz copatronas de Europa*, 3.

marzo de ese mismo año, domingo de Pasión, escribe: "Querida Madre, por favor, permítame V.R. ofrecerme al Corazón de Jesús como víctima propiciatoria por la auténtica paz: que el poder del Anticristo se derrumbe, y si fuera posible sin una segunda guerra mundial, que se pueda instaurar un nuevo orden de cosas. Desearía hacerlo hoy, porque ya son las doce. Sé que soy una nada, pero Jesús lo quiere, y llamará en este día a muchos"⁴.

Aún antes, a fines de 1938, previo a su partida del Carmelo de Colonia al de Echt, en Holanda, escribió estas proféticas palabras a la superiora, sabiendo que tampoco esa huida la apartaría del cáliz de su martirio: "Bajo la Cruz he comprendido yo el destino del pueblo de Dios, que ya entonces comenzó a preanunciarse. Pensé que aquellos que comprendiesen lo que es la Cruz de Cristo deberían tomarla sobre sí en nombre de todos. Cierto que hoy por hoy sé mejor lo que significa haberse desposado con el Señor bajo el signo de la Cruz"⁵. Con esta premonición y con esta entrega llena de sentido y coraje, Edith culminará su peregrinar en esta vida con el propio holocausto, que por cierto no debe entenderse como un acto premeditado ni buscado sino como una aceptación confiada de su destino, como estas palabras escritas en 1931 lo atestiguan: "Dios sabrá qué planes tiene para mí, y yo no necesito preocuparme de ello..."⁶. Como Jesús en el Gólgota y como tantos mártires inocentes en la historia, ella entregaría su vida en Auschwitz el 9 de agosto de 1942, a sabiendas que el amor y el dolor se unirían finalmente en el misterio sinfónico de la redención.

El significado profundo de los mártires como signos de esperanza para la humanidad quedó reflejado en la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* donde Juan Pablo II se expresa así: "Quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos testigos de la fe cristiana que han habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre. Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo; al pertenecer a diferentes confesiones cristianas, brillan asimismo como signo de esperanza para el camino ecuménico, por la certeza de que su sangre es 'también linfa de unidad para la Iglesia'⁷.

4 Stein, E.: *Selección epistolar 1917-1942*, cit., Carta del 26.3.1939, p. 136.

5 Ibid., Carta del 9.12.1938, p.128. Escrita casi cuatro años antes de su muerte en Auschwitz, el 9 de agosto de 1942.

6 Ibid., Carta del 28.4.1931, p. 51.

7 Juan Pablo II: *Ecclesia in Europa (La Iglesia en*

Queremos rescatar esto tan esencial de su esperanzador mensaje al mundo, porque es necesario hoy más que nunca insistir en el camino de la unidad como única salida posible: ni Occidente debe estar escindido de Oriente, ni los cristianos separados de sus hermanos judíos, ni, en definitiva, nadie, absolutamente, indiferente ni alejado ni enemistado con su hermano a causa de sus creencias religiosas. Por el contrario, deben buscar complementarse y jamás enfrentarse para que prevalezca la diversidad que fortalece la unidad, que no es uniformidad ni falta de identidad sino aspiración a la integración y a la comunión. Con sentido poético -y creemos que también profético- Juan Pablo II nos ha exhortado a creer con firmeza que "la Iglesia debe respirar con sus dos pulmones"⁸, Oriente y Occidente. Idéntica convicción ya había expresado en la carta encíclica *Fides et ratio* siendo aquí todavía más generalizado el llamado a la unidad: "Desde lugares y tradiciones diferentes todos están llamados en Cristo a participar en la unidad de la familia de los hijos de Dios. Cristo permite a los dos pueblos llegar a ser 'uno'. Aquellos que eran 'los alejados' se hicieron 'los cercanos' gracias a la novedad realizada por el misterio pascual. Jesús derriba los muros de la división y realiza la unificación de forma original y suprema mediante la participación en su misterio. Esta unidad es tan profunda que la Iglesia puede decir con san Pablo: 'Ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios' (Ef 2, 19)"⁹.

En su línea de pensamiento acogedor y conciliador, Wojtyła no hizo más que revitalizar los valores eternos de la tradición judaica y cristiana inscriptos en el mandamiento primero y fundamental del amor al prójimo pero tergiversados muchas veces por hermenéuticas insanas: el valor de la dignidad humana de todos los hombres por igual, el respeto por la libertad, la democracia y el estado de derecho, y sobre todo por los que no profesan el mismo credo ni pertenecen a la misma raza. Como lo ha demostrado con lucidez el pensador judío Hermann Cohen al analizar el mandamiento de amar al prójimo ya presente en el Antiguo Testamento, "la ley fundamental de la moralidad, y probablemente también de la religión, es el amor a todo lo que tenga rostro humano. Y esta exigencia es mayor cuando en este rostro no brillan ni lucen de preferencia los rasgos de la propia tribu"¹⁰. Valores y derechos que hoy consideramos indiscutibles y legislamos como universales

pero que la realidad de los hechos se encarga de contradecir; el amor y el respeto absoluto por el otro diferente sólo se construyen y consolidan trabajando sin descanso bajo el norte de la unidad, por lo cual resulta irrevocable la convocatoria wojtyliana: "es necesario (...) interpretar el camino ecuménico como un 'ir juntos' hacia Cristo y hacia la unidad visible querida por Él, de tal modo que la unidad en la diversidad brille en la Iglesia como don del Espíritu Santo"¹¹. Se aspirará para ello a un "modelo nuevo de unidad en la diversidad, comunidad de naciones reconciliada, abierta a los otros continentes e implicada en el proceso actual de globalización"¹².

Pero este sabio 'modelo de unidad en la diversidad' ya venía de algún modo anticipado por Edith Stein en la totalidad de su obra y de su vida, siempre procurando conciliar antes que dividir o confrontar, rescatando lo común antes que lo antagónico o conflictivo. Tal criterio y tal actitud fue la tónica de su propuesta filosófica cuya resultante vemos en el intento colosal por amigar en diálogo fructífero la propuesta fenomenológica de Husserl con la filosofía del santo de Aquino vertida fundamentalmente en *Ser finito y ser eterno*, su obra filosófica más importante¹³. Ya en uno de sus primeros escritos había dicho que al hablar de una 'philosophia perennis' no se refería ella a una corriente filosófica en particular -que bien podría haberse interpretado como el tomismo- sino "al espíritu del verdadero filosofar que habita en cada verdadero filósofo, es decir, en todo aquel que, movido por una irresistible necesidad interior, rastrea el logos o la ratio del mundo. El que ha nacido filósofo (pues el verdadero filósofo tiene que haber nacido tal) trae consigo al mundo este espíritu como potencia (...). Esta potencia se actualiza si encuentra un filósofo maduro, un 'maestro'. Así nos tendemos la mano más allá de los límites que nos marcan el espacio y el tiempo"¹⁴.

Precisamente este tender de manos bien podría ser tomado como el gesto que recoge el sentido de la unidad entre el pueblo judío y el cristiano en que tan fuertemente creyó nuestra pensadora, y así lo vieron los que la conocieron a fondo, como su sobrina Susanne Batzdorff: "En sus deseos de buscar un mejor entendimiento entre judíos y cristianos, Edith Stein estuvo a la cabeza de sus tiempos"¹⁵. Ella testimonió con su vida y su muerte que la última palabra no la tendrá nunca la

8 *Europa*), Exhortación Apostólica, San Pablo, 2003, 13.

9 Juan Pablo II: Carta apostólica *Orientalium Lumen* al episcopado, al clero y a los fieles con ocasión del centenario de la *Orientalium Dignitas* del papa León XIII, fechada el 2 de mayo de 1995, memoria de San Atanasio, Obispo y Doctor de la Iglesia.

10 Juan Pablo II: *Fides et Ratio*. Ed. San Pablo, Buenos Aires 1998, 70.

11 Cohen, H.: *El prójimo*. Ed. Anthropos, Barcelona 2004, p. 24.

12 Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 30.

13 *Ibid.*, p. 119.

14 Stein, E.: *Ser finito y ser eterno*. Ed. F.C.E., México 1994.

15 Stein, E.: *¿Qué es filosofía? Un diálogo entre Edmund Husserl y Tomás de Aquino*. Ed. Encuentro, Madrid 2001, p. 13.

16 Batzdorff, S.: *Mi tía Edith*, citado por E. Bea, "Edith Stein, hija del pueblo judío y de la Iglesia". En *Para comprender a Edith Stein*, Ed. Palabra, Madrid 2008, p. 211.

historia de odios e injusticias genocidas, sino el ordo amoris primordial, de lo que habló incluso momentos antes de morir: "El mundo está hecho de opuestos... pero al final no quedará nada de estos contrastes. Sólo quedará el gran amor"¹⁶. Sin personas como Edith Stein, Ety Hillesum, Viktor Frankl, Maximiliano Kolbe y tantas otras, conocidas y desconocidas, que supieron estar más allá del odio, la violencia y el resentimiento compartiendo el destino de su comunidad con cabal conciencia del sentido de su entrega, el capítulo de la esperanza en la unidad que hoy escribimos hubiera sido una utopía, un imposible, una ilusión sin los pies en la tierra de qué nutrirse. "Por ello, en medio de la aparente victoria del mal, (estas figuras) simbolizaron un último resto de esperanza en el triunfo definitivo de una bondad más fuerte que la muerte"¹⁷.

Nada más grande ni más valioso pudieron haber forjado estos profetas de la unidad que fueron Stein y Wojtyla, en una secuencia temporal tan significativa como providencial, en hechos y en palabras, en vida y en obras, lo que nos exime de más comentario. Tan sólo cabe la pregunta: ¿estaremos nosotros, sus herederos y destinatarios, a la altura de sus visiones y de su compromiso?

3. De la filosofía al misterio de la cruz

Edith Stein ha dado muestras claras a la historia de la autoconciencia humana -y por ende a la intelectualidad contemporánea- que, contrariamente a lo augurado por los profetas de la sospecha y el nihilismo, es posible la conciliación entre el discurso del filósofo y el discurso religioso cuando se busca legitimar una filosofía cristiana respetuosa de las competencias específicas entre ambos discursos pero amparada por la convicción de que la verdad es una y la misma, que se expresa en diversidad de voces, disciplinas y perspectivas. Claro es, además, que mientras tengamos los pies en la patria humana la verdad se alcanzará siempre de modo aproximado y limitado aunque sin desistir jamás de su búsqueda objetiva. Tan cruciales y decisivos fueron para Stein los problemas de la persona humana y su realidad temporal como lo fue su resolución en el misterio de la cruz. Y esta mirada filosófica suya, esperable en el crecimiento del siglo, no puede interpretarse como ajena a su condición de mujer pensadora y comprometida con su tiempo, condición excepcional en una época todavía miope, marcada por las categorías y el poder masculinos que no dejaron de oponerle obstáculos a la correcta visión.

16 Palabras pronunciadas por Edith Stein poco antes de su asesinato en Auschwitz. Cfr. Riego, I.: *Edith Stein*. Ed. Fundación E. Mounier, Madrid 2005, p. 15.

17 Bea, E.: "Edith Stein, hija del pueblo judío y de la Iglesia", cit., p. 149.

El mismo Juan Pablo II, como ha sido la tónica general en toda su obra apostólica, ha rescatado y destacado como esencial el papel y misión de la mujer a lo largo y a lo ancho de la historia, sin dudar en confirmar como "particularmente significativa la opción por esta santidad de rostro femenino en el marco de la tendencia providencial que, en la Iglesia y en la sociedad de nuestro tiempo, se ha venido afirmando, con un reconocimiento cada vez más claro de la dignidad y de los dones propios de la mujer"¹⁸. Aludía así a todas las mujeres santas pero en especial a las santas copatronas de Europa santa Brígida de Suecia y santa Catalina de Siena secundadas por la figura central del siglo XX santa Teresa Benedicta de la Cruz -nombre que eligiera Stein para profesar como carmelita-, en cuya obra excepcional sobresalen sus estudios pioneros en antropología de género indagando sobre la identidad de la mujer y su misión específica de humanizar la humanidad¹⁹. Idea ésta que inspira fuertemente a Karol Wojtyla en su papado al escribir su bella carta apostólica *Mulieris dignitatem*, la primera en su género destinada a profundizar y destacar la raíz evangélica de la particular dignidad y vocación de la mujer. Asimismo, y continuando la línea de la reflexión steinniana sobre la mujer²⁰, en su Carta a las mujeres exhorta específicamente a poner en acto el 'genio femenino' favoreciendo "una mayor presencia social de la mujer, porque contribuirá a manifestar las contradicciones de una sociedad organizada sobre puros criterios de eficiencia y productividad, y obligará a replantear los sistemas en favor de los procesos de humanización que configuran la 'civilización del amor'"²¹.

A esta altura de nuestro planteo obsta decir que Wojtyla se sintió profundamente hermanado a nuestra pensadora no sólo por su condición judía y cristiana sino por la común formación filosófica de ambos de la mano de los forjadores del personalismo de raíz fenomenológico-tomista²², sobre todo de Edmund Husserl, Max Scheler y Tomás de Aquino. Opción que por cierto no estuvo exenta de dificultades y tensiones en Stein en un momento de la historia del pensamiento en que los filósofos se sentían casi obligados a elegir o bien la modernidad o bien la tradición cristiana, cual disyuntiva

18 Juan Pablo II: *Carta Apostólica en forma de «motu proprio» para la proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa Benedicta de la Cruz copatronas de Europa*, 3.

19 Cfr. Riego, I.: "Identidad y misión de la mujer. El aporte personalista de Edith Stein". En *Para comprender a Edith Stein*, Ed. Palabra, Madrid 2008, pp. 267-310.

20 Vid. Stein, E.: *La mujer*. Trad. de Carlos Díaz, Ed. Palabra, Madrid 1999.

21 Juan Pablo II: *Carta a las mujeres*, 29 de junio de 1995, 4.

22 Sobre las diferentes ramas del personalismo véase Díaz, C.: *¿Qué es el personalismo comunitario?* Fundación E. Mounier, Madrid 2003, pp. 40-43.

va excluyente. Sin lugar a dudas, nuestra pensadora se situó más allá al elegir una postura que desde el pensamiento tomista rescatara lo mejor de la fenomenología otorgándole a este diálogo inédito su sello personalísimo. Tratando de encontrar palabras a esta singularidad que la caracterizaba, y no sólo a nivel del pensamiento, dirá Juan Pablo II: "En ella, todo expresa el tormento de la búsqueda y la fatiga de la 'peregrinación' existencial. Aun después de haber alcanzado la verdad en la paz de la vida contemplativa, debió vivir hasta el fondo el misterio de la cruz"²³.

Lo que le sucedió a nuestra autora fue que en el recodo final de su existencia, tras haber encontrado la verdad y la paz del camino filosófico abierto al religioso, la mística que había en ella abrazó finalmente a la filosofía para absorber por completo su vida y dejarse ser por la cruz de Cristo. Vivir hasta las últimas consecuencias el misterio de la cruz supuso ciertamente encarnar la verdad y la libertad más profundas desde su talante de mística auténtica guiada sin duda de esta máxima sin parangón: "Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada"²⁴. La inquietante sentencia sintetiza una de las enseñanzas centrales del maestro de místicos Juan de la Cruz, a quien Edith admiraba y sobre cuya 'ciencia de la cruz' había meditado en su libro homónimo, que acababa de concluir cuando la Gestapo vino por ella²⁵. Nos habló aquí de la hermenéutica de la cruz como medida de la perfección humana que, como sabemos, ella trasladara a su vida y coronara con su martirio: "(...) cuando recordamos las sentencias de San Juan de la Cruz, tal como las ha expuesto en la Subida: no gozar, no saber, no poseer, no ser nada, debemos ciertamente afirmar: en esto consiste el non plus ultra de la desnudez y ni la más alta medida de las almas exteriores ha podido jamás alcanzar esta perfección"²⁶.

¡Hacerse nada para serlo todo en Dios! He ahí el secreto anhelo y motor interior de la mística carmelita Edith Stein cuya madurez y cabal conciencia de su destino martirial se venían gestando en el silencio de la oración contemplativa, como lo trasluce en esta conferencia de 1931 que abordaba El misterio de la Nochebuena: "Quien pertenece a Cristo, debe vivir la vida de Cristo en su totalidad, ha de alcanzar la madurez del Salvador y andar por el camino de la Cruz, hasta el Getsemani y el Gólgota. Y todos los sufrimientos que vienen de fuera son nada en comparación con la noche del alma, cuan-

do la luz divina ha desaparecido y la voz del Señor no se escucha más. (...) Es así que los que están realmente unidos a Cristo permanecen inquebrantables, aun cuando en la oscuridad de la noche experimentan personalmente la lejanía y el abandono de Dios. Quizás permite la divina Providencia el sufrimiento precisamente para liberar a quienes están atados. Por eso, 'hágase tu voluntad', también y sobre todo en la noche más oscura"²⁷.

Imbuida de esta profunda sabiduría antropológica y mística, Stein hablaba a lo más hondo del sufrimiento del hombre contemporáneo cuyo desgarramiento interior y exterior expresado en infinidad de formas veía como fruto de su lejanía cultural y existencial de Dios, su fuente divina. Por eso, hay que interpretar la honda vocación salvífica y comunitaria de Stein, tanto de su testimonio como de su pensamiento, en el justo sentido 'pontifical' en que lo muestra esta afirmación de Juan Pablo II: "Con toda su vida de pensadora, mística y mártir, lanzó como un puente entre sus raíces judías y la adhesión a Cristo, moviéndose con segura intuición en el diálogo con el pensamiento filosófico contemporáneo y, en fin, proclamando con el martirio las razones de Dios y del hombre en la inmensa vergüenza de la 'shoah'"²⁸.

Este merecido reconocimiento histórico a lo que debe significar para la nueva humanidad la figura de Edith Stein sólo podría realizarlo alguien como Karol Wojtyła profundamente imbuido del carisma de esta mujer que reflejara en vida y obra su propia experiencia vital también cincelada por el misterio de la cruz: de filósofo cristiano, de hombre consagrado a Dios y de vicario de Cristo. Y en ambos, la medida del filósofo sólo se cumplirá en lo profético, en la entrega al pueblo de Dios que los reclama, medida que rompe cualquier formato convencional pero que se ajusta como ninguna a la exigencia del pensador creyente que une el saber y el amar con el salvar²⁹. El filósofo, el pastor y el mártir se conjugaron en ellos en una perfecta alianza que, como todo lo humano, debió transcurrir entre los derroteros de la libertad y la gracia.

23 Juan Pablo II: *Carta Apostólica en forma de «motu proprio» para la proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa Benedicta de la Cruz copatronas de Europa*, 21.

24 San Juan de la Cruz: *Subida al Monte Carmelo*, I, 13. 11.

25 Vid. Stein, E.: *La ciencia de la cruz*. Ed. Dinos, San Sebastián 1959.

26 Ibid., p. 381.

27 Stein, E.: "El misterio de la Nochebuena". En *Los caminos del silencio interior*. Ed. Bonum, Buenos Aires 1991, pp. 54-55.

28 Juan Pablo II: *Carta Apostólica en forma de «motu proprio» para la proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa Benedicta de la Cruz copatronas de Europa*, 3.

29 "Siempre el recorrido hermenéutico es circular y recurrente en el pensamiento steiniano: la filosofía que ama la verdad 'entendida' se abre a la teología que se expande por la 'fe' a la Verdad que la 'voluntad' ama; pero la mística que busca anticipar la salvación y la visión beatífica 'esperando' en ellas, las recoge a ambas -lo sabido y amado en la Verdad- superando la 'memoria' de la finitud y del pecado para unirse a esa Verdad amada y vivida, y demostrando con ello que el despojo de lo antropológico alcanza su máxima luz cuando se deja clarificar por su impulso salvífico hacia el 'amor' que libera". Riego de Moine, I.: *De la mística que dice a la persona*. Fundación E. Mounier, Colección Persona nº 23, Madrid 2007, p. 143.

4. El antes y el después de la 'Shoá'

Al final de nuestra reflexión, volvemos a dos aspectos clave sobre la significación de Stein advertidos por Wojtyła e íntimamente vinculados a la alianza entre lo filosófico y lo salvífico que acabamos de señalar: su voluntad de diálogo con el pensamiento filosófico contemporáneo y su actitud de puente entre sus raíces judías y la adhesión a Cristo. Aspecto este último que nos interesa particularmente, ya que sí, como se ha dicho con acierto, su vivencia personal es el criterio hermenéutico indispensable de su doctrina, su experiencia como judía -en momentos tan cruciales para su pueblo- ayuda a explicar su pensamiento y permite comprender que, siguiendo las palabras del papa polaco, "en el campo de exterminio muriera como hija de Israel" y "al mismo tiempo, como hermana Teresa de la Cruz", "eminente hija de Israel e hija fiel de la Iglesia".

Respecto a su diálogo con el pensamiento contemporáneo, es indudable que Stein conocía a la perfección la filosofía de su época y no sólo la fenomenología de su maestro Edmund Husserl, siendo ella, por ejemplo, una de las primeras críticas de Sein und Zeit, la obra señera de Martin Heidegger³⁰, el otro eminente discípulo de la escuela fenomenológica de Gottingen. Creemos no equivocarnos al decir que su aporte -que por razones de espacio no podemos desarrollar aquí y lo hiciéramos ya en otro lugar³¹- anticipó con excelencia el diálogo entre el pensamiento cristiano y la incipiente filosofía de la existencia en gestación, aunque este aspecto no haya sido todavía suficientemente trabajado. Cabe destacar, además, que su noción de 'empatía', tema de raíz fenomenológica que elige para su tesis doctoral brillantemente defendida³², ha sido una noción antropológica radical para las investigaciones filosóficas, psicológicas y pedagógicas de las últimas décadas. Y de la riqueza concreta de esa noción se desprenden cuestiones decisivas para el pensamiento universal, no sólo judío o cristiano,

◆ "...su solidaridad mística y su denuncia del antisemitismo no se quedaron en la palabra filosófica o poética sino que se convirtieron en denuncia pública y política al escribir en abril de 1933 su famosa carta al Papa Pío XI, escrito que nace de su coherencia absoluta y de su indignación frente a la masacre de su pueblo. Esta histórica carta la expone como máximo referente del diálogo y la unidad en momentos en que la objetividad y la valentía eran poco viables. El silencio cómplice no figuraba en su vocabulario de vida".

como la enseñanza moral incuestionable -y a la vez necesidad histórica imperiosa- para personas y pueblos de aprender a "ponerse en la piel del otro". Mandato ético que la empatía saca a relucir con todo el abanico de sus consecuencias con especial resonancia en el estremeceador acontecimiento de la 'Shoá'.

Pero, aunado a esto, todavía poco se ha ponderado todavía que su condena absoluta al totalitarismo y al nazismo estuvo en la misma línea y altura de pensadores judíos de la talla de Franz Rosenzweig o Emmanuel Levinas. Ya en su obra *La estructura de la persona humana*, escrita en los años previos al genocidio nazi (1932-1933), Stein tuvo la lucidez de advertir proféticamente que la

postura del idealismo alemán³³, precedente cierto del nazismo, le resultaba inquietante y peligrosa para la formación de los jóvenes porque su imagen antropológica se centraba en la idea de perfección y autosuficiencia heredera de la soberbia de la razón moderna y de ningún modo inclinada hacia una imago Dei ni mucho menos hacia una imago Trinitatis, idea sobre el hombre devenida del saber revelado. Sin duda la verdadera antropología cristiana estuvo exiliada de la ideología nacionalsocialista -a pesar de su supuesta filiación cristiana- mientras que la influencia del idealismo en la vida espiritual alemana tuvo un poder insospechado insuflado por una poderosa pedagogía a su servicio, cuyas devastadoras consecuencias todos conocemos³⁴. Si bien en 1921 Rosenzweig había publicado *La estrella de la Redención* donde

denunciaba a la filosofía occidental por idealista y alertaba de la tentación totalitaria -el culto fundamentalista al Todo pensable- del idealismo emancipada de toda revelación³⁵, nada parece indicar que Stein conociera la

30 Veáanse al respecto las primeras páginas de *La estructura de la persona humana*, (Ed. BAC, Madrid 1998) así como el apéndice a *Ser finito y ser eterno* (1936), *La filosofía existencial de Martin Heidegger* (Ed. Trotta, Madrid 2010).

31 Vid. Riego, I.: "Edith Stein, una pensadora para nuestro tiempo". En *Revista Agustiniiana*, ISSN 0211-612X, Vol. XLVII, Septiembre-Diciembre 2006, N° 144, Salamanca 2006, pp. 529-559.

32 Cfr. *Sobre el problema de la empatía*. Ed Trotta, Madrid 2004.

33 Vale recordar que en los famosos "Discursos a la nación alemana" (1808) pronunciados por Fichte en la Academia de Berlín, se sientan las bases del mito del Urvolk, pueblo primitivo poseedor de la originaria y perfecta civilización transmitida misteriosamente al pueblo germánico, para cuya misión se necesitaba la formación de un 'Reich' germánico que condujera a los germanos hacia el 'estado racional'. Fichte ponía así, involuntariamente, en pleno dominio napoleónico en Alemania, los fundamentos ideológicos del Estado prusiano y el racismo. Cfr. Urdanoz, T.: *Historia de la filosofía*. Ed. BAC., Madrid 1975, Vol. IV, p. 185.

34 Cfr. Stein, E.: *La estructura de la persona humana*. Ed. BAC, Madrid 1998, p. 6.

35 "Es como si este supuesto enorme del Todo pensable hubiera oscurecido con su sombra todo el círculo de las restantes cuestiones posibles.

obra del filósofo judío. Su lucidez filosófica y su visión política provenían asimismo de la mano de su temple indiscutido de pensadora judía alerta al espíritu de los tiempos, como digna fenomenóloga que fue. La 'Shoá' pudo haberse previsto en este antes, aunque bien sabemos que tantas veces los auténticos profetas clamaron en el desierto...

En el después estuvo Levinas quien, siguiendo la huella de su maestro Rosenzweig, va a reflexionar sobre la totalidad de la experiencia del holocausto reafirmando que la filosofía del todo contiene la semilla de los totalitarismos, tal como Stein lo había predicho. Pero su mirada se posará también en el después que sigue siendo nuestro estremecedor presente: "La sangre no ha cesado de correr después del fin de la guerra. Racismo, imperialismo, explotación, siguen siendo despiadados. Las naciones y los hombres se exponen al odio, al desprecio, temiendo miseria y destrucción. Pero las víctimas saben al menos dónde dirigir sus ojos que se extinguen: sus espacios desolados pertenecen al mundo. (...) El bien ha reunido al Bien de todas las latitudes y el mal ha pasado a ser el Mal de todos los tiempos. La violencia no osa ya decir su nombre"³⁶. Y a esta descripción de Nombres propios (1976), inquietante por su actualidad tras treinta y cinco años de escrita, le sigue un después abierto a la esperanza: "Pero, segunda verdad -y ella también conjuga una antigua certeza y una antigua esperanza-, en las horas decisivas en que se pone de manifiesto la caducidad de tantos valores, toda la dignidad humana consiste en creer en el retorno de esos valores. El supremo deber cuando 'todo esté permitido' consiste en sentirse ya responsable respecto a esos valores de paz"³⁷.

Sin duda esa misma responsabilidad latía desde temprano en el corazón de Stein. Desde su obra autobiográfica *Estrellas amarillas* (1933) hablaría de la necesidad de entender el antisemitismo reinante ya que de los judíos se había forjado la peor caricatura: "Sobre todo la juventud, que es educada en el odio racial, se ve privada de la oportunidad de conocerlos. Ante ello, tenemos, los que hemos nacido y crecido en el judaís-

mo, el deber de dar testimonio"³⁸. El responder, el dar testimonio, fue una constante en su preocupación permanente por la paz y la unidad, mostrando con hechos y sin ambages que la cruz advenida sobre el pueblo judío recaía asimismo sobre los que eran conscientes de ello, quienes debían cargarla libremente sobre las propias espaldas en nombre de todos³⁹. En la ceremonia de su beatificación, Juan Pablo II reconoció este dolor redentor asumido libremente por nuestra santa diciendo que "desde que comenzó a entender 'bajo el signo de la cruz' el destino del pueblo de Israel se fue dejando asimilar cada vez más profundamente por el misterio salvador de Cristo, para contribuir a soportar, unida espiritualmente a Él, el dolor inmenso de los hombres y expiar la injusticia del mundo, esa injusticia que clama al cielo. Como Benedicta a Cruce -benedicida por la cruz- deseaba llevar con Cristo la cruz por la salvación de su pueblo, su Iglesia, el mundo entero. Se ofreció a Dios como 'sacrificio expiatorio por la paz verdadera' y, sobre todo, por su pueblo oprimido y humillado". Estaba convencida de que el destino de su pueblo era también el suyo, como lo fue el de la bíblica reina Esther⁴⁰. En diciembre de 1938 escribía: "... el Señor ha tomado mi vida por todos. Soy una pobre, impotente y pequeña Esther, pero el Rey que me ha escogido es infinitamente más grande y misericordioso. Esto es un gran consuelo"⁴¹.

Pero su solidaridad mística y su denuncia del antisemitismo no se quedaron en la palabra filosófica o poética sino que se convirtieron en denuncia pública y política al escribir en abril de 1933 su famosa carta al Papa Pío XI, escrito que nace de su coherencia absoluta y de su indignación frente a la masacre de su pueblo. Esta histórica carta la expone como máximo referente del diálogo y la unidad en momentos en que la objetividad y la valentía eran poco viables. El silencio cómplice no figuraba en su vocabulario de vida. Transcribimos parte de este documento fundamental:

"Como hija del pueblo judío, que, por la gracia de Dios, desde hace once años es también hija de la Iglesia católica, me atrevo a exponer ante el Padre de la Cristiandad lo que oprime a millones de alemanes. Desde hace semanas vemos que suceden en Alemania hechos que constituyen una burla a todo sentido de justicia y humanidad, por no hablar del amor al

Materialismo e idealismo -ambos, no sólo el primero, 'tan viejos como la filosofía'- participan igualmente del supuesto. Cuando elevaba la pretensión de ser independiente de él, era o silenciado o pasado por alto. Fue silenciada la voz que afirmaba poseer en una revelación la fuente del saber divino, que mana allende el pensar. El trabajo filosófico de siglos se ha dedicado a la disputa entre el saber y el creer, y llega a su meta en el momento en que el saber del Todo llega en sí mismo a término. (...) Lo que ha sucedido cuando Hegel ha acogido dentro del sistema la historia de la filosofía". Rosenzweig, F.: *La estrella de la redención*. Ed. Sígueme, Salamanca 1997, p. 46.

36 Levinas, E.: *Nombres propios*. Trad. de Carlos Díaz, Ed. Fundación E. Mounier, Colección Persona nº 28, Madrid 2008, p. 113.

37 Ibid., p. 115.

38 Stein, E.: *Estrellas amarillas. Autobiografía: infancia y juventud*. Ed. de Espiritualidad, Madrid 1992, 2ª edic., p. 18.

39 Vid. Stein, E.: *Como llegué al Carmelo de Colonia*. Ed. de Espiritualidad, Burgos 1998.

40 Vid. Riego, I.: *Edith Stein*, cit., "Como la reina Esther", pp. 94-98.

41 Stein, E.: *Selección epistolar 1917-1942*, cit., Carta del 31 de octubre de 1938.

prójimo. Durante años, los líderes del nacionalso-cialismo han estado predicando el odio a los judíos. Ahora que tomaron el poder gubernamental en sus manos y armaron a sus partidarios -entre los cuales hay elementos probadamente criminales-, esta semilla de odio ha germinado. (...)

Todo lo que ocurrió y sigue ocurriendo día tras día es producido por un gobierno que se autodenomina 'cristiano'. Desde hace semanas, no sólo los judíos, sino también miles de fieles católicos de Alemania, y, creo, de todo el mundo, esperan y confían en que la Iglesia de Cristo alce su voz para poner fin a este abuso del nombre de Cristo. ¿No es esta idolatría de la raza y de la autoridad del Estado que se impone diariamente a la conciencia pública a través de la radio, una verdadera herejía? ¿No es este intento de aniquilar la sangre judía una afrenta a la sagrada humanidad de nuestro Salvador, a la santísima Virgen y a los apóstoles? ¿No se opone diametralmente todo esto a la conducta de nuestro Señor y Salvador, quien, incluso en la cruz, oró por sus perseguidores? (...)

Todos nosotros, que somos fieles hijos de la Iglesia y observamos las condiciones imperantes en Alemania con los ojos abiertos, tememos lo peor para el prestigio de la Iglesia si el silencio se prolonga por más tiempo. Estamos convencidos de que a la larga, este silencio no logrará comprar la paz con el actual gobierno alemán. Por ahora, la lucha contra el catolicismo se hará en forma silenciosa y menos brutal que contra los judíos, pero no menos sistemática"⁴².

Edith Stein pedía un pronunciamiento explícito de la Iglesia anticipándose a lo peor pues en 1933, fecha de la carta, la locura del nazismo recién comenzaba a manifestarse aunque el horror final podía preverse en el asfixiante clima reinante. Por supuesto, la carta nunca fue respondida y la decepción de Stein no pudo haber sido mayor: "Recibí una bendición pero otra cosa no conseguí. Y sin embargo, durante los años siguientes se fue cumpliendo punto por punto mi predicción sobre el futuro de los católicos". No vamos a entrar ahora en la complicada cuestión de la actitud de Pío XI ante el nazismo, lo cual exigiría una exhaustiva documentación y reflexión crítica que no nos compete. Sólo podemos decir que así como los malos cristianos acompañaron con actos, complicidad, silencios y omisiones la perversidad del nazismo, muchos buenos cristianos acogieron a sus hermanos hebreos dando muestras claras, y a veces heroicas, del compromiso con ellos y de la verdadera fraternidad que derrama la verdadera Iglesia de Cristo⁴³.

⁴² Revista *Monte Carmelo* CXI, pp. 7-10.

⁴³ Vid. Riccardi, A.: "Pío XII y los judíos". En *La Vanguardia*, 24 de enero de 2005.

Como vemos, la carta no se limitaba a solicitar un pronunciamiento de condena de la persecución nazi a los judíos que rompiera un silencio que pudiera parecer cómplice y dañara a la Iglesia, sino que era también un aviso a los católicos que correrían idéntico peligro. Y de hecho así se cumpliría. Nueve años más tarde, en julio de 1942, el detonante que produjo la orden de arresto sobre Edith y su hermana Rosa en el convento de Echt, Holanda, fue precisamente una carta colectiva firmada por los obispos holandeses que exhortaba a los fieles católicos a reconocer responsabilidades en el horror que se vivía: "Queridos fieles, vayamos en primer lugar a nosotros mismos con un sentimiento profundo de humildad y arrepentimiento. Pues ¿no somos nosotros también culpables de las catástrofes que nos afligen? ¿Hemos buscado siempre ante todo el Reino de Dios y la justicia? ¿Hemos cumplido siempre los deberes de justicia y de amor al prójimo con nuestros convecinos? (...) Si nos miramos a nosotros mismos, tenemos que reconocer que todos hemos pecado"⁴⁴. Un necesario mea culpa sobre los propios errores y pecados que aún hoy nos hace estremecer. Reconozcamos además la hondura de la profecía de Stein cuyo eco llega al alba de nuestro siglo en que las persecuciones ideológicas a judíos y católicos continúan sin pausa, aunque tantas veces de un modo solapado, sutil y tristemente 'académico'.

Y la represalia homicida no se hizo esperar. Una semana después fueron detenidos todos los judíos católicos de los conventos holandeses, pues los jefes nazis en su cobardía no osaron descargar su furia contra la jerarquía eclesiástica. Como recordó Juan Pablo II en la homilía durante la misa de beatificación de Edith Stein, el despojo de su elección final enaltece por igual a judíos y cristianos: "cuando llegó la hora de abandonar el Carmelo, Edith se limitó a tomar a su hermana de la mano, diciéndole 'Ven, vamos a ofrecernos por nuestro pueblo'". Comenzaba su camino sin retorno hacia Auschwitz donde ambas serían asesinadas en la cámara de gas el 9 de agosto de 1942.

Se hace evidente, una vez más, que el antes y el después de la Shoá nos permite ver no sólo a través del propio entendimiento sino por medio de la luz y el sufrimiento de todos los perseguidos y exterminados en soledad, pues son ellos precisamente los que provocan en nosotros, gracias a la reciprocidad y la empatía que nos envuelven como humanidad, el tomar conciencia y el actuar con compromiso desde la hondura del dolor. Su martirio y su denuncia se funden con todas las víctimas de aquella inmensa tragedia, pero estarán siempre unidos a la cruz de Cristo que infunde al sufrimiento de

⁴⁴ Carta pastoral de los obispos holandeses, 20 de julio de 1942. Citado por Posselt, T. R.: *Edith Stein. Eine grosse Frau unseres Jahrhunderts*. Ed. Herder, Freiburg-Basel-Wien 1963, pp. 181-182.

la Shoá una misteriosa y perenne fecundidad. Así presagiaba Edith su esperanza iluminadora a la humanidad: "El mundo está en llamas. El incendio puede alcanzar también a nuestra casa. Pero en lo alto, por encima de todas las llamas, se elevará la Cruz. Ellas no pueden quemarla. Ella es el camino de la tierra al cielo. Quien la abraza con fe, con amor y esperanza, es llevado hasta el seno de la Trinidad"⁴⁵.

Ha sido precisamente esta esperanza en el camino del diálogo y la unidad que nos debemos los hijos de Dios, la que ha guiado la siguiente meditación de Juan Pablo II a propósito de su elección como copatrona de Europa. En ella resume además la significación de Edith Stein como símbolo sin par del diálogo judío-cristiano: "Contemplamos hoy a Teresa Benedicta de la Cruz, reconociendo en su testimonio de víctima inocente, por una parte, la imitación del Cordero inmolado y la protesta contra todas las violaciones de los derechos fundamentales de la persona y, por otra, una señal de ese renovado encuentro entre judíos y cristianos que, en la línea deseada por el Concilio Vaticano II, está conociendo una prometedora fase de apertura recíproca. Declarar hoy a Edith Stein copatrona de Europa significa poner en el

horizonte del viejo continente una bandera de respeto, de tolerancia y de acogida que invita a hombres y mujeres a comprenderse y a aceptarse, más allá de las diversidades étnicas, culturales y religiosas, para formar una sociedad verdaderamente fraterna"⁴⁶.

Poco más se puede añadir a esta significativa síntesis. Sólo reconocer sin titubeos a la mujer de carne y hueso que fue Edith Stein como portadora de una voz filosófica y un testimonio humano sin parangón en medio del clamor del mundo, una mujer que nos ha brindado claves decisivas para poder vivir y pensar sin dicotomías ni incoherencias de acuerdo a la verdad y al amor de Dios. En este siglo XXI que nos ha sido destinado, y también confiado, su legado se nos impone como auténtico camino de reconciliación fraterna entre judíos y cristianos, anticipándonos como ninguno la vivencia ecuménica que vamos forjando arduamente día a día quienes creemos en la unidad bendita de los hijos de Dios, aún en medio de las amenazas y las divisiones que persisten en la actualidad. Cuantos podemos decir con

45 Stein, E.: "Exaltación de la cruz. 14-9-1939. Ave Crux, spes unica!". En *Escritos espirituales*, Ed. BAC., Madrid 1999, p. 149.

46 Juan Pablo II: *Carta Apostólica en forma de «motu proprio» para la proclamación de Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa Benedicta de la Cruz copatronas de Europa*, 9.

